

I CERTAMEN DE RELATOS BREVES

VALENCIA PARQUE CENTRAL



Ganador: Estación de Clasificación

Nada más despertarse Aurelio se obligó a recordar el propósito que él mismo se había impuesto la noche anterior: “Mañana haré lo mismo que cualquier otro día”. Por eso Aurelio se levantó decidido a no reparar en los pequeños detalles que hacían distinto hoy de ayer, de anteaer y de todos los días que habían transcurrido durante los últimos cuarenta años, los mismos que llevaba trabajando en la Estación del Norte. A lo largo de todo este tiempo Aurelio se había acostumbrado de tal manera a su trabajo que había dejado de ser una obligación. De hecho le era tan necesario como el respirar. Por eso aquella jornada, que sería la última, había decidido que fuera igual que todas. Mañana sería otra cosa, porque tendría que renunciar a esta rutina vital y crearse otra como jubilado.

Pero de poco le sirvió a Aurelio todos estos propósitos, porque al revisar por enésima vez el uniforme, descubrió una diminuta mancha que restaba lustre a uno de los botones de latón de la chaqueta. Con delicada atención cogió un pañuelo de algodón y la frotó hasta hacerla desaparecer. Contempló el resultado con satisfacción y entonces pudo acabar de vestirse. A continuación cogió la cartera de piel ajada que contenía su frugal almuerzo y salió de casa para ir hasta otra que le resultaba igual de familiar.

La Estación del Norte era un muy importante para él por muchas razones. Una de ellas era haber podido disfrutar de su belleza modernista. Aún hoy podía llegar a sorprenderse por los detalles que adornaban su fachada: los motivos cerámicos, los trencadís, sus vidrieras, las estrellas de cinco puntas de la extinta Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España o las volutas de sus pináculos. A pesar de toda la belleza contenida en su fachada, la razón más importante se escondía, precisamente, en el interior de la estación. En el ir y venir de los miles de viajeros que cada día deambulaban por sus andenes y en la habilidad que había desarrollado Aurelio para concebirles un pasado y un futuro durante los breves instantes que permanecían en el interior. La tristeza y la alegría; el olvido o un recuerdo; el amor y el odio; la esperanza o la desesperación eran equipajes invisibles para todos ellos menos para Aurelio. El podía predecir por la mirada de una joven cuales eran sus deseos y también sus desvelos. Cuanto le pesaban los recuerdos al anciano que se disponía a tomar el cercanías de las 17:30 o descubrir en un beso la esperanza del último adiós. Era como una estación de clasificación, pero en lugar de vagones él agrupaba viajeros según el destino que les deparaba su particular intuición.

Pero hoy era su último día y a partir de mañana ya no tendría que volver a trabajar y, de no remediarlo, a ejercer un don adquirido a lo largo de tantos años. Por eso Aurelio decidió en ese mismo momento que mañana volvería a la estación, aunque esta vez lo haría vestido con su pelliza de pana en lugar de su chaqueta de botones bruñidos. Volvería para seguir haciendo lo único que realmente sabía hacer: disfrutar de la belleza de la estación y descubrir la

esperanza de un destino mejor entre los equipajes de sus viajeros.

Estación de Clasificación

Luis de Ros, Valencia